

LA PIEDAD

Cualquier intento de describir lo que sentía sería como pintarrajear con palabras un dolor que no tiene nombre, porque nadie ha sobrevivido a él para poder nombrarlo. En el pecho, bajo la piel, la abrazaba una araña, animal traicionero que la comprimía con sus ocho patas, ejerciendo presión sobre su identidad misma. En la nuca, donde la médula espinal comienza a descender hacia un suelo cansado de sostener criaturas bípedas, pareciera que le hubieran colocado un broche de marfil rígido e indolente. Le tensaba el cuello y los músculos de la boca; era como si le robara la flaccidez que permite desgarrar el llanto de seres dolientes.

Más abajo de la zona lumbar, en lo que hubiéramos dado en llamar útero en otra circunstancia, había una región yerma desplegándose e imponiéndose y obligándola a mantenerse encorvada, doblada sobre sí misma, sin poder devolver la mirada a los rostros que asomaban por encima. Más abajo aún, las piernas eran columnas quebradas, partidas por la mitad y apiladas por la voluntad de la pura miseria. Parecía imposible siquiera que minutos antes la hubieran traído a tocar el cadáver de su hijo; porque una madre necesita el tacto de la carne inerte para asimilar que su hijo no habita ya ese cuerpo que ella le dio. Una madre tiene que oler los últimos efluvios del ser que salió de sus entrañas para comprobar que, efectivamente, se trata de su hijo. Olores que se confunden por lo salvaje, por lo cobrizo, con los de la noche del parto. Principio y fin siempre unidos por hebras metálicas que intentan hilvanar la corrupción de lo orgánico.

Una frente sobre otra frente. Una frente que se calienta y otra frente que se enfría. Una que se enciende y otra que se apaga. Otra que se humedece por las lágrimas de una y una que se seca por no tener ya de dónde sacar más lágrimas. Nahid no tiene edad para ver morir a un hijo. Sin embargo, sus ojos niegan cualquier otra imagen que no sea ésta. Mira

sus manos, todavía en el pecho de él ¿Por qué no le está procurando una posición más reconfortante? ¿Por qué deja que yazca incómodo sobre los escombros?

Rápidamente, retira su mano derecha y la dirige a la mano de su hijo. La agarra con firmeza, sin ninguna delicadeza, porque se engaña pensando que quizá con algún estímulo abrupto el cadáver le mandaría una señal de vuelta. No es así. Cargada de agonía y cariño, coloca ambas manos ahora bajo sus axilas, incorpora a su hijo en su regazo y pasa el brazo izquierdo por detrás de su cabeza, sosteniéndola. Piadosa en su pose, permite a su corazón impregnarse de amor, rencor, violencia, ira y desgarró.

Clava la mirada en sus ojitos cerrados. Su dedo pulgar derecho levanta un párpado para encontrar la pupila ya desahuciada del unigénito muerto. Ha sentido una necesidad repentina de buscar la última imagen que brindó a esos ojos el fin de sus destellos. Y esperaba encontrarla ahí, no se le ocurría otro sitio en el que mirar. Y de hecho ahí estaba: la misma faz de la incertidumbre, imposible de reproducir, pero imposible de eludir también cuando se presenta. Y lamenta como una loba herida que su hijo haya sido arrasado por un concepto tan impropio de un niño de ocho años.

Aunque no podría decirse que en algún momento hubiera conocido algo más propio de su edad. El pobre bendito había ido a parar por nacimiento a un campo de concentración de dimensiones que nunca concibió el ser humano. Nació entre llamas de velas y alguna que otra linterna, porque le pareció que la mejor franja horaria para venir al mundo era aquélla en la que solían producirse los cortes de luz. Le pusieron Arshad de nombre, como su tío, asesinado a manos del ejército vecino. Dos años después asesinarían también a su padre.

Un par de manos depositaron una sábana sobre el vientre interrumpido de su hijo. No dejaron ningún tipo de instrucción. En su desesperación, que inundaba hasta la última célula de sus tejidos, se planteó si alguien esperaba que supiera cómo proceder. Si siquiera se le presuponía algún resquicio de agencia para hacer algo distinto a verterse desde las entrañas. ¿Debería encontrar algún instinto dentro de sí que le dictara cómo amortajar a su pequeño?

El día que le anunciaron que su marido había fallecido cercenaron sus esperanzas de procurar a Arshad un entorno menos hostil. Lloró hasta la extenuación por el esposo, pero no tardó en cultivar la semilla de la preocupación por los que se quedaban. La regó con rabia, vergüenza y otros sentimientos importados por el opresor que intentó no transmitir a su hijo. Había que evitar que acabara de la misma manera que su padre y su tío. Había que hacer de tripas corazón y disfrazar el odio como buenamente se pudiera: con una pátina de cotidianeidad que ocultara con su brillo traslúcido las agresiones enquistadas en esta parte del Mediterráneo.

Aprendió a ocultar ante estos mismos ojos –que ya no miran– el temblor de sus miembros, articulado por el chillido de las sirenas. La viudedad la vulnerabilizó no solo en el sentido material: tenía que convivir con la posibilidad constante de que su cuerpo se rompiera, tanto como lo habían zarandeado. Era la propia fragilidad la que la mantenía cohesionada, la suya y la de su hijo. Cuando pensaba en él abstraída de la vulgaridad del día a día, se odiaba por haberlo traído a esta tierra maldita. Mientras tanto, hacía lo posible por que incorporara sin traumas alarmas antiaéreas, uniformes militares, restricciones o pérdidas.

Las primeras veces era fácil convencer al niño de que las sirenas sonaban porque todas las vecinas habían decidido reunirse a celebrar una importante reunión. Sin embargo, a medida que crecía e iba ganando empatía para beber el dolor ajeno, era más difícil justificar todos aquellos rostros contraídos. Caras de gente que fuera de allí no eran las mismas, esperando un alivio que no iba a llegar hasta que precisamente aquello que temían finalmente acabara con ellas.

Tras el funeral del marido tuvo que regresar a casa de los padres, puesto que su salario como recepcionista de una clínica de salud a tiempo parcial no le permitía seguir pagando un alquiler a la vez que cubría las necesidades de su hijo. Y es que no solo perdió un compañero: se acabó para ella todo anhelo de independencia. Se arrancó con sus propias manos la sed de trascendencia; la sacudió de sus pinceles, la expulsó de su forma de escribir, de cocinar, de vivir. Renunció al mandato del pulso de su pueblo, que la había parasitado desde que tenía conciencia.

Se topó con la realidad de caminos herrumbrosos que conducían a lugares necesarios. Y tuvo que asumir que era inevitable mancharse de óxido de vez en cuando. Arshad tendría alrededor de cinco años la primera vez que tomó uno de estos caminos. Estaban a finales de julio o principios de agosto, no recuerda bien. Hacía un calor insoportable y las tuberías se habían secado, les habían cortado el suministro. No era la primera vez que pasaba, pero en esta ocasión estaban tardando bastante más de lo habitual en devolverles esa agua excesivamente clorada, migajas de humanidad de un monstruo implacable. Unos misiles lanzados contra el enemigo, hacía ya un par de semanas —y respondidos con un ahínco desorbitado—, eran la excusa para deshidratar alevosamente a toda una región.

Sus padres, con setenta y ocho y setenta años respectivamente, limitaban sus movimientos para derrochar la mínima energía posible. Pasaban todo el día en el sofá.

Al padre le oyó desmayarse camino al baño una mañana, por lo que acudió corriendo con un bote lleno que guardaban como reserva para casos extremos. Le abrió la boca y dejó que cayera un reguero entre sus labios, que se resbalaba por sus comisuras y le llegaba bifurcado hasta la nuca. Gracias a Alá, no tardó en recuperar el conocimiento.

Mucha gente, y ellos mismos en otras ocasiones, cogían agua de donde podían –el río, charcos, depósitos estancados– e intentaban sanearla hirviéndola. A pesar de ello, esa agua seguía causando estragos en aparatos digestivos, hígados, pieles y sistemas inmunes en general, especialmente en los más débiles. Además, aquel año en concreto el cielo no fue misericorde con el pueblo asediado: a la tierra se le habían secado las vísceras, no quedaba ni una gota.

Apenas apartó su mirada fruncida del horizonte cuando se encaminaba al checkpoint que, en condiciones normales –en momentos de conflicto lo mantenían cerrado–, cruzaba cada día para ir a trabajar. Iba mirando los tornos del paso fronterizo, aunque todavía no se vieran, estructuras metálicas con púas del cielo al suelo, entorpecedoras del tránsito entre la cara A y la cara B. No se interpondrían en su afán.

Llegó y no había nadie en los alrededores: ni rastro de las enormes colas segregadas por géneros a uno y otro costado del esperpento. Tan solo soldados. Hubiera sido más complicado entrar en contacto con un hombre si la frontera hubiera lucido su cotidianeidad. De manera que fue sencillo llamar su atención a través de la valla de hierro. Fue directa hacia él. Lo habría reconocido entre todo un ejército, porque le repugnaba. Cada vez que cruzaba, Nahid se sentía manoseada por sus ojos de bestia desbocada. Él se quedaba mirando con descaro, esperando alguna señal de que ella sucumbía a su envite intimidatorio. Solo con eso le bastaba.

Nunca podría concebirse que alguien como ella le gustara. Teniendo en cuenta que los hombres de este lado del paso son considerados seres inferiores, a las mujeres no les era atribuida siquiera capacidad de independencia. Y al no considerarla una igual, quedaba dinamitada cualquier posibilidad de que la atracción experimentada rebasara las ansias impositivas de ocupación.

Se dejó ocupar porque de alguna forma tenía que dar de beber a su hijo y a sus padres. Y se dejó ocupar en más ocasiones porque quiso, porque era la manera más sencilla de acceder a menores dosis de sufrimiento. Tal vez le hubiera molestado que la despojaran de su capacidad de agencia y la redujeran al “lo hizo porque no tenía otra salida.” La primera vez no la tuvo, pero en adelante sí, y eligió en varias ocasiones el mismo camino cubierto de óxido. Impedir la conquista de su emocionalidad se convirtió en su propia forma de resistencia activa.

Acababa de darse cuenta de que sus oídos habían estado taponados desde que les cayó encima la explosión. Una jungla de sonidos la traspasó sin previo aviso. Llantos y quebrantos se mezclaban en una maraña que remitía a los ecos resultantes de mirar a un espejo enfrente de otro espejo. Apartó por primera vez la mirada de su hijo y echó un vistazo alrededor: la dimensión de la pérdida era inabarcable. Izquierda y derecha eran todo miembros y escombros que se fusionaban en un puzle repulsivo. Nadie creía que fueran a atreverse con un hospital.

Estrechó a Arshad entre sus brazos una última vez. Besó su frente manchada de sangre. Se impregnó tanto los labios que pudo saborearla. Sangre y polvo, un maridaje que nadie debería tener que llevarse a la boca. Pero sin duda era sangre de su sangre. Se incorporó, sosteniendo el tórax de su hijo en vilo mientras desentumecía sus piernas. Pronto empezó

a notar el hormigueo que le indicaba que podría usarlas para una última caminata. Apoyó delicadamente el cuerpo sobre las aristas de los ladrillos despedazados. Se levantó, miró a su hijo a través de sus lágrimas, con el corazón y la lengua inflamados. Le dijo que la esperara un momento.

Y apenas apartó su mirada fruncida del horizonte cuando se encaminaba al *checkpoint* que, en condiciones normales, cruzaba para ir a trabajar. Esta vez con intenciones opuestas a las de dejarse ocupar.